



## ¿ESCRITOR? NO, REVOLUCIONARIO

### (Conversaciones con un periodista)

P.- ¿A los lectores les gustará saber cuál es el género que usted cultiva como escritor?

G.L.- No soy escritor profesional. Me defino como político revolucionario que escribe.

Mi pluma está al servicio de la causa que la considero correcta y la manejo como podría manejar el fusil, es decir, como un arma de combate.

Me he convertido en publicista por responder a la necesidad planteada por la lucha, por la urgencia que siento de comunicar a los demás mis ideas y mis experiencias.

Me complace que nadie me tome como intelectual y menos como escritor profesional que cae ocasionalmente en el campo de la política y que más bien -y esto es lo exacto- se me considere un militante que plasma sus ideas en letras de molde.

Si usted desea considéreme como escritor político; pero no olvide en ningún momento el repudio que siento por los intelectuales puros, no comprometidos.

P.- ¿Cuáles son su primera y última producciones?

G.L.- Hace muchos años que tuve el placer de ver impreso un ensayo sobre las luchas sociales de 1942 en Catavi, bajo el título de "Balance de la Huelga Minera" y no creo que tenga más valor que el constituir el testimonio de una experiencia huelguística. Más tarde escribí un documento de mayor trascendencia, la "Tesis de Pulacayo". Ahora ultimo un libro titulado "Perspectivas de la revolución", que seguramente incluirá el desenlace del presente gobierno, que lleva en sus entrañas los gérmenes del gorilismo.

P.- ¿Cuál es el mayor problema que tiene que resolver cuando escribe?

G.L.- El encontrar una correlación satisfactoria entre el contenido y la forma.

Utilizo el método marxista, el materialismo histórico -no sé si acertadamente o no-, y estoy ubicado en un sector político que arranca del punto más elevado del pensamiento revolucionario y, sin embargo, la realidad dentro de la cual actuó me obliga a escribir para masas que tienen un bajísimo nivel cultural. El problema para mí radica en llevar el pensamiento político, sin amputarlo ni adulterarlo, hasta las capas más amplias de trabajadores. Los problemas resueltos por la teoría -resueltos a través de un proceso necesariamente complicado- deben ser puestos al alcance de todos. En otras palabras: el escritor revolucionario debe saber exponer de manera sencilla el programa, la política, de su partido. Toda vez que me pongo a escribir tengo que vencer una serie de dificultades para lograr este objetivo. La sencillez (Lenin debe ser un modelo en este terreno) es consecuencia del conocimiento profundo de una determinada cuestión. Solamente el que ha logrado llegar hasta la raíz de los problemas puede darse el lujo de exponerlos de una manera clara y sencilla.

Estoy convencido de que lo que he escrito está lleno de imperfecciones y hasta de que carece de significación. Lucho diariamente conmigo mismo para superarme como expositor que tiene que enfrentarse con las masas.

P.- ¿No ha intentado incursionar en la literatura pura?

G.L.- Todo escritor es siempre un comprometido, porque, de manera directa o no, defiende o ataca determinadas ideas que tienen relación con un determinado orden social o con tal o cual ideario político. La realidad podrá ser negada, repudiada o adulterada, pero jamás eliminada.. Como soy un militante al servicio de un programa político, jamás he buscado hacer literatura pura.

No escribo para los literatos profesionales o para los intelectuales, todo lo que sale de mi pluma está destinado a las masas y mi mayor placer consiste en comprobar que los obreros me leen o me comprenden.

No hay que olvidar que la política (no la politiquería, tan grata a la burguesía) es la actividad más importante y noble de nuestra época de transformación radical de la sociedad. Supone coraje, total entrega y, sobre todo, gran actividad intelectual creadora. Puede sorprender a muchos mi afirmación de que la política es creación de teoría. Para subvertir la realidad social es preciso previamente analizarla, comprenderla, revelar las leyes de su desarrollo y transformación.

El político revolucionario no ambiciona el poder por el poder o para sí, más bien está vivamente interesado en contribuir a la madurez de la conciencia de clase del proletariado, que es la clase que puede contribuir decisivamente a la liberación de los explotados y oprimidos, a la victoria de su clase, que será la liberación de toda la sociedad.

Esta ambición, que ciertamente es descomunal, está al servicio de la sociedad misma y de bastardos intereses personales. Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, Trotsky, etc., constituyen ejemplos magníficos al respecto y los revolucionarios nos miramos en ellos.

Son las ideas las que determinan el estilo. El contenido determina la forma y no a la inversa, aunque la última reacciona sobre la primera.

Mi tarea preferida es la de pulir el contenido, las ideas, a la luz del desarrollo de los acontecimientos históricos, y creo que de esa manera voy puliendo mi estilo.

Vivo diariamente en pugna, en combate, con el orden social imperante, con el gobierno que se empeña en consumir la restauración oligárquica y también con el reformismo, con el colaboracionismo clasista, en fin, con la degeneración stalinista del proceso revolucionario mundial; por todo esto no hay porque extrañarse que sea, sobre todo, un polemista que escribe panfletos y hasta libelos en pocas o muchas páginas. No por justificar mi estilo digo que en la historia boliviana, en la producción intelectual del país, los panfletos ocupan un lugar preeminente.

La lucha de clases no solamente es una guerra sino una descomunal polémica, como también lo es la revolución social, entre la nueva sociedad y la vieja podrida, muerta y que espera ser enterrada.

P.- ¿Puede en Bolivia un escritor vivir de su pluma?

G.L.- Eso no es posible por el reducido mercado que tienen los libros en el país, por el elevado costo de la ediciones -que entre nosotros son ciertamente malas- y por la forma despiadada en que editores y libreros tratan a los que acometen la temeraria aventura de escribir, Solamente puede enriquecerse los que se convierten en sirvientes de los dueños del poder o de grandes empresas y que casi siempre son elementos despreciables.

P.- ¿Está trabajando en alguna obra nueva?

G.L.- He interrumpido mi "Historia del movimiento obrero" porque tengo urgencia de concluir un ensayo sobre "El control obrero", que creo es una importante experiencia -aunque negativa- dentro del proceso de la revolución.

Octubre de 1964